

# Políticas públicas y desastres



Coordinadores

Daniel Rodríguez Velázquez

Simone Lucatello

Mario Garza Salinas

DEWEY

363.34

POL.p

LC

JL

1229

P6

Políticas públicas y desastres / coord Daniel Rodríguez Velázquez, Simone Lucatello, Mario Garza Salinas. – México : Instituto Mora : Red Mexicana de Estudios Interdisciplinarios para la Prevención de Desastres, A. C., 2008.

170 p. : il. ; 23 cm.

Incluye referencias bibliográficas e índice

ISBN 978-607-7613-07-7

1. Desastres – Auxilio – Aspectos sociales – Alocuciones, ensayos, conferencias. 2. Políticas públicas – Alocuciones, ensayos, conferencias. 3. Cooperación internacional – Alocuciones, ensayos, conferencias. I. Rodríguez Velázquez, Daniel, coord. II. Lucatello, Simone, coord. III. Garza Salinas, Mario, coord. IV. Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora (México, D.F.). V. Red Mexicana de Estudios Interdisciplinarios para la Prevención de Desastres, A. C. VI. t.

Fotografía de portada, cortesía de:

<<http://www.sangrefria.com/blog/2005/09/29/fotos-de-huracanes/>>.

Primera edición, 2008

D. R. © 2008, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora  
Plaza Valentín Gómez Farías 12, San Juan Mixcoac,  
03730, México, D. F.

Conozca nuestro catálogo en <[www.mora.edu.mx](http://www.mora.edu.mx)>

D. R. © 2008, Red Mexicana de Estudios Interdisciplinarios para la Prevención de Desastres, A. C.

Calle Quetzal, núm. 60, Col. El Rosendal,

C. P. 04330, Del. Coyoacán, México, D. F.

ISBN: 978-607-7613-07-7

Impreso en México

*Printed in Mexico*

## ÍNDICE

Agradecimientos	7
Introducción	9
Contingencia, incertidumbre y políticas públicas <i>Omar Guerrero Orozco</i>	19
Metodología para el diseño de una política pública en prevención de desastres <i>Mario Garza Salinas</i>	27
La política pública frente a desastres en el contexto de la reforma del Estado. Opciones desde la sociedad civil <i>Daniel Rodríguez Velázquez</i>	39
Cooperación internacional para el desarrollo: pobreza y prevención de desastres, reflexiones para las políticas públicas <i>Simone Lucatello</i>	63
El papel de la sociedad civil en la atención a los desplazados internos <i>Gisela Hernández Herrerías</i>	81

<u>Crisis ecológica, medios de información colectivos y cambio de conciencia humana</u> <u>Javier Esteinou Madrid</u>	95
Reducción de la vulnerabilidad ante amenazas físicas a través de la educación pública básica en México <i>Mary Frances Rodríguez Van Gort</i>	109
Prevención de desastres de origen hidrometeorológico, una prioridad nacional: el caso de las inundaciones <i>Oralia Oropeza Orozco</i>	125
Anexo 1. Límites y desafíos del Sistema Nacional de Protección Civil <i>Senador Felipe González González</i>	145
Anexo 2. Situación actual del marco jurídico relacionado con desastres y propuestas <i>Diputada Valentina Batres Guadarrama</i>	157
Índice temático	167

# CRISIS ECOLÓGICA, MEDIOS DE INFORMACIÓN COLECTIVOS Y CAMBIO DE CONCIENCIA HUMANA

Javier Esteinou Madrid\*

## DESARROLLO Y DESTRUCCIÓN DE LA NATURALEZA

El modelo del desarrollo occidental de los últimos siglos, desde la fase de la industrialización en el siglo XVIII a la fecha, no sólo ha producido una expansión tecnológica muy acelerada en el campo material de la vida, también ha generado una profunda destrucción de nuestros ecosistemas y entornos humanos de existencia. De esta forma, a la par de la expansión del bienestar de la vida moderna, hoy experimentamos una existencia de acentuada mentalidad ecocida concretada en la presencia de masivos comportamientos humanos rapaces sobre la naturaleza y los congéneres que no tienen límite ni proporción en cuanto a destrucción. En este sentido, podemos afirmar que “la rapacidad productiva se ha vuelto la condición del progreso, al grado que el gran desarrollo industrial se basa en la exquisitez que ha alcanzado esta función. En esencia, hoy ya hemos sido capaces de destruir hasta la esencia misma de la materia: el átomo.”<sup>1</sup>

Uno de estos procesos destructivos se origina en el consumo anárquico de enormes volúmenes de materia energética para satisfacer las necesidades de sostenimiento humano y la generación paralela de gigantescas masas

\* Investigador titular del Departamento de Educación y Comunicación de la Universidad Autónoma Metropolitana, México, D. F. Doctor en Sociología (Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM), maestro en Sociología (Departamento de Sociología y Ciencias Políticas y Sociales-Universidad Iberoamericana), licenciado en Ciencias y Técnicas de la Información (Departamento de Comunicación-Universidad Iberoamericana), estudios de filosofía (Instituto Superior de Estudios Filosóficos). Correos electrónicos: <jesteinou@gmail.com>, y <jesteinou@prodigy.net.mx>.

<sup>1</sup> Fernando Césarman, “Triunfo de la rapacidad. Ha llegado hasta el átomo”, *Excélsior*, 9 de octubre de 1995.

de sustancias tóxicas que limitan la existencia de la vida. Así, la sobrevivencia irracional del actual modelo de desarrollo industrial ha exigido el empleo de cantidades astronómicas de energéticos que han despedido una enorme masa de gases tóxicos, como clorofluorocarbonos y otros elementos compuestos por bióxidos de carbono, metano y óxidos de nitrógeno, entre otros. Por ejemplo, de 1960 a la fecha la concentración de gases emanados por las actividades productivas de los países industrializados ha aumentado 28% la presencia de dióxido de carbono en la atmósfera del planeta;<sup>2</sup> así, los países industrializados que sólo concentran 20% de la población mundial, a principios del siglo XXI emiten 60% del dióxido de carbono, metano y otros gases letales desprendidos por el uso de combustibles fósiles –petróleo, carbón y gas natural–, que se estacionan en las capas inferiores de la atmósfera.

Dicha acumulación de sustancias en la atmósfera del planeta ha formado un nuevo techo físico-químico que ha impedido el flujo natural de las corrientes de temperaturas terrestres, provocando una gigantesca acumulación de calor solar. Al quedar concentrada y atrapada esa masa de calor sin encontrar salidas naturales para su desazolve, se ha producido un espacio cerrado similar a un invernadero artificial, que ha elevado considerablemente las temperaturas de la Tierra, produciendo el delicadísimo efecto invernadero.<sup>3</sup>

La concentración progresiva de esta tóxica realidad ha destruido aceleradamente la capa de ozono que nos protege de la acción nociva de los rayos solares ultravioleta, con el resultado de un enorme agujero en la capa atmosférica que cubre los casquetes polares de la Antártida y Chile, llega hasta la frontera con Perú y Bolivia, abarca actualmente una superficie superior al tamaño de Europa, es decir, más de 100 000 km<sup>2</sup>; tan sólo, por ejemplo, desde la década de 1960 a la fecha la consistencia de la capa de ozono en la estratosfera disminuyó 60% debido a la influencia de este proceso degenerativo. Por ello, a finales de este siglo vastas regiones de Europa, América, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica están ya sometidas a un bombardeo constante de rayos ultravioleta que generan imprevisibles consecuencias biológicas para la conservación y reproducción de todo tipo de vida en el planeta.<sup>4</sup>

<sup>2</sup> “Ha aumentado 0.6 grados la temperatura en el clima mundial durante el siglo: Bolin”, *Excelsior*, 11 de octubre de 1995.

<sup>3</sup> Fernando Césarman, “Calentamiento global. No se le da importancia”, *Excelsior*, 23 de septiembre de 1995.

<sup>4</sup> “El agujero en la capa de ozono cubre ya el territorio chileno”, *Excelsior*, 14 de octubre de 1995; “Prevén científicos ‘bombardeo’ de rayos ultravioleta a finales de siglo”, *El Universal*, 31 de octubre de 1995.

Derivado de este fenómeno, en lo que va del siglo XXI las consecuencias del efecto invernadero han provocado un cambio climático promedio en las temperaturas de la Tierra entre 0.8 y 1.44 grados; de continuar la actual tendencia de emisión de *gases invernadero*, para el año 2100 la temperatura de la Tierra habrá aumentado ocho grados Fahrenheit más.<sup>5</sup> Estas transformaciones ambientales producidas por la mentalidad del modelo industrial en menos de cien años, son más rápidas que todos los cambios climáticos que se han producido en conjunto en los últimos 10 000 años de historia de la civilización humana.<sup>6</sup>

Este grave proceso de destrucción ecológica ha provocado el aumento significativo del nivel de los mares entre 90 centímetros y varios metros por el deshielo de las masas polares de la Antártida y Groenlandia; se pone en severo riesgo de desaparición a algunas repúblicas como la de las Maldivias, en el océano Indico. Cambio radical de las temperaturas de las estaciones naturales, que hace los inviernos fases más crudas y los veranos etapas más cálidas. Espeluznantes sequías y desertificaciones como las que ya ha vivido Norteamérica y las que se prevé que vivirá Sudáfrica y otros subcontinentes por el recalentamiento de la atmósfera y el cambio del ciclo de lluvias durante el siglo XXI.<sup>7</sup> Expansión de las olas de calor, como la que provocó la muerte de cientos de europeos en 2003.<sup>8</sup> Surgimientos de nuevas epidemias y enfermedades tropicales como el dengue, por la alteración genética que ha ocasionado la destrucción del entorno natural.<sup>9</sup> Exceso de lluvias e inundaciones incontrolables como las de Bangla Desh en 1987-1988. Generación de magnos huracanes. Aniquilaciones masivas de cosechas.<sup>10</sup> Destrucción, por el bombardeo de rayos ultravioleta, de cientos de especies animales y vegetales que forman parte de las cadenas estratégicas para la reproducción de la vida. Reducción de los niveles de hielo en los casquetes polares y en los glaciares europeos, especialmente los suizos, en más de 50 metros, en los últimos diez años.<sup>11</sup> El incremento colectivo de cáncer en la piel en todo el planeta.

<sup>5</sup> "Crece calentamiento de la Tierra", *Reforma*, 30 de septiembre de 1995.

<sup>6</sup> Fernando Césarman, "Calentamiento global. No se le da importancia", *Excélsior*, 23 de septiembre de 1995.

<sup>7</sup> "Amenaza a Sudáfrica una sequía que podría durar un siglo: expertos", *El Universal*, 19 de octubre de 1995.

<sup>8</sup> Juan Gelman, "Alrededor de la Tierra", *Milenio Diario*, 1 de enero de 2005.

<sup>9</sup> "El calentamiento terrestre posible causa del Dengue", *El Financiero*, 23 de octubre de 1995.

<sup>10</sup> Fernando Césarman, "Calentamiento global. No se le da importancia", *Excélsior*, 23 de septiembre de 1995.

<sup>11</sup> "Discutirán en Ginebra medidas legales sobre los cambios climáticos", *El Universal*, 30 de octubre de 1995.

Migraciones millonarias de refugiados que huyen de las zonas recalentadas y erosionadas del planeta. La muerte de 3 000 000 de personas cada año en el mundo por la contaminación del ambiente.<sup>12</sup> Pérdidas en la última década por más de 400 000 millones de dólares, cifra que se duplicará cada diez años y, de seguir así la tendencia, los quebrantos ascenderán a 15 000 millones de dólares anuales en la próxima década, según el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente y la Cruz Roja Internacional.<sup>13</sup>

Una de las consecuencias más devastadoras, que indirectamente fue provocada por el fenómeno del efecto invernadero, fue el terremoto marino de 8.9 en la escala de Richter, del 26 de diciembre de 2004, en el archipiélago del Cinturón del Fuego, en el sur de Asia; esto generó los *tsunamis*, u olas gigantes, de entre diez y 30 metros de altura, con velocidades de hasta 800 km/h (maremoto) que devastaron India, Sri Lanka, Indonesia, Tailandia, Sumatra, Malasia, Islas Maldivias, entre otros. Dicha catástrofe global no tiene precedentes, fue la más destructiva desde 1900, y el sismo más fuerte desde el que sufrió Alaska en 1964; produjo más de 150 000 muertos, 5 000 000 de desplazados, enormes epidemias, pérdidas materiales superiores a los 10 000 millones de dólares, cambios radicales en la geografía de la región, modificación del eje de rotación de la Tierra entre cinco y seis centímetros y acortamiento de la duración del día en tres microsegundos.<sup>14</sup>

Este fenómeno surgió debido a un reacomodo de las placas tectónicas subcontinentales de la Tierra, estimulado por los cambios climáticos sufridos por el planeta a lo largo de los años; las placas de la corteza terrestre se sobrepusieron entre sí y el fondo marino se desplomó, desapareciendo debajo del continente como si fuera tragado, ocasionando que el continente se elevara con un movimiento muy brusco, que produjo una ola gigante denominada *tsunami*, que se trasladó con enorme rapidez por todo el océano a la velocidad de movimiento de un avión de pasajeros.<sup>15</sup>

<sup>12</sup> Juan Gelman, "Alrededor de la Tierra", *Milenio Diario*, 1 de enero del 2005.

<sup>13</sup> *Ibid.*

<sup>14</sup> "Once mexicanos desaparecidos en Tailandia", *Milenio Diario*, 28 de diciembre de 2004; "Desastre y desolación", *Milenio Diario*, 29 de diciembre de 2004; "Ya son 68 mil los muertos en Asia, miedo a epidemias", *Milenio Diario*, 29 de diciembre de 2004; "Crece la tragedia en Asia", *Milenio Diario*, 30 de diciembre de 2004; "El año en que la Tierra también peleó", *Milenio Diario*, 30 de diciembre de 2004; "Annan pide respuesta global", *Milenio Diario*, 31 de diciembre de 2004; "Tsunamis: ¿Por qué no hubo ninguna advertencia?", *Milenio Diario*, 1 de enero de 2005; "Los desplazados en Asia son 5 millones", *Milenio Diario*, 1 de enero de 2005, y "¿Por qué nos abandonas?", *Revista Proceso*, núm. 1470, semanario de información y análisis, 2 de enero de 2005.

<sup>15</sup> "Más de 12 mil muertos por sismo en el Sur de Asia", *Milenio Diario*, 27 de diciembre de 2004.

Esta realidad cobra especial importancia para México y América Latina. En los últimos 475 años, la región latinoamericana, especialmente el Caribe, ha experimentado 39 maremotos, los cuales afectaron particularmente los territorios continentales de Cuba, Puerto Rico, Jamaica, Venezuela, Panamá y Costa Rica.<sup>16</sup> Ante ello el doctor Kerry Sieh, del Instituto Tecnológico de California, advierte que “los grandes terremotos ocurren regionalmente en pares, aproximadamente cada 230 años. Por ejemplo, en 1707 hubo un terremoto de 8.2 grados de intensidad Richter; en 1833 otro de 8.7 grados de magnitud y ahora estamos llegando al inicio de un nuevo ciclo de terremotos”, que serán acelerados por el efecto invernadero ocasionado por la mano del hombre.<sup>17</sup>

En resumen, podemos decir que hoy experimentamos, a escala planetaria, la ruptura más profunda de la relación entre el hombre y la naturaleza que se ha dado en toda la historia humana, y está generando una acelerada reducción de las posibilidades de la vida del *Homo sapiens* en el planeta Tierra.

En este sentido, la humanidad de principios del siglo XXI ya no somos una generación de los desastres naturales, sino de los supercataclismos ecológicos generados por la destrucción de la naturaleza a cargo de la mente y los comportamientos deformados de los habitantes del planeta en la fase “moderna del desarrollo global”.

## MÉXICO EN LA ENCRUCIJADA DE SU SOBREVIVENCIA ECOLÓGICA

Debido a la profunda descomposición y transición económica, política y social que vive el proyecto de desarrollo mexicano de principios del siglo XXI —como lo muestran la bárbara devaluación del peso, la drástica caída del Producto Interno Bruto (PIB), la gran fuga de capitales, el acentuado desempleo, el avance del narcotráfico, el agudo estancamiento de la planta productiva, la incontenible corrupción política, la desmedida inseguridad social, etc.— hemos desconocido, en nuestros hábitos mentales, que también vivimos una catastrófica crisis ecológica de enormes dimensiones y que tendrá consecuencias para nuestras vidas. Crisis de relación de los mexicanos con la naturaleza y con nosotros mismos, tan o más importante que el deterioro econó-

<sup>16</sup> “Estiman poco probables los tsunamis en el Caribe”, *Milenio Diario*, 4 de enero de 2005.

<sup>17</sup> “Impredecibles, los terremotos desafían a los sismólogos”, *Milenio Diario*, 1 de enero de 2005.

mico, político y social que experimentamos, pues ahora nos encontramos en los niveles límite de sobrevivencia en lo que se refiere a la relación del hombre y la naturaleza.

Toda esta realidad se ha agravado. Debido al proceso generalizado de destrucción del hábitat ocasionado por el efecto invernadero y la pérdida de la capa de ozono en el país, hoy ya no asistimos a la presencia de simples desastres naturales, sino que hoy vivimos una nueva generación de problemas ecológicos con la existencia de megacatástrofes naturales como son la presencia de las macroinundaciones, los macroincendios forestales, los macroterremotos, las macroheladas, las macrosequías, los macrohuracanes, que afectan con mayor fuerza a nuestra sociedad.

Esto es, la cultura artificial que hemos producido desde los modelos de crecimiento industriales, especialmente en las megaciudades, ha ocasionado un impacto de magnitud tan negativa sobre la estabilidad de la naturaleza, que ha generado una mutación drástica de esta, hasta alcanzar dinámicas ecosistémicas crecientemente sin control.

En síntesis, podemos decir que con el tipo de política, de cultura y de comportamientos cotidianos que practicamos hoy los mexicanos sobre la naturaleza, estamos perdiendo aceleradamente suelos, atmósfera, ríos, mares, especies animales, biodiversidad, especies vegetales, germoplasma. En una idea, estamos perdiendo aceleradamente la vida.

## CULTURA, RESCATE ECOLÓGICO Y TRANSFORMACIÓN DE LA CONCIENCIA HUMANA

El origen de la grave devastación ecológica practicada cotidianamente en todas las dimensiones de la vida contemporánea del planeta y del país, no es la presencia de maldad o de perversión en los actos de los individuos, sino la gradual acumulación colectiva de un bajísimo nivel de conciencia humana sobre la relación de respeto y equilibrio que los seres humanos debemos mantener con la naturaleza y con nosotros mismos. Por ello, la solución profunda a la severa crisis ecológica que experimentamos a escala nacional y planetaria, no reside sólo en la inversión de nuevos créditos agropecuarios aislados, como promueve el Estado, o en el activismo verde, o en la aplicación de programas ecológicos coyunturales, o en las acciones filantrópicas de los organismos internacionales, etc., se basa más bien en el

radical cambio de nuestra conciencia humana ante la forma en que nos relacionamos con la naturaleza y los actos prácticos que de esta se derivan.

Debemos de entender como naciones y como culturas que formamos parte de un *Todo* que está relacionado con *todo*. Que no estamos aislados. Que el *síndrome de la distancia* no existe: lo que sucede en nuestro barrio afecta forzosamente las condiciones del resto del planeta. Que estamos en un ecosistema único interconectado con *Todo* y que, por consiguiente, los ecocidios que se practican a miles de kilómetros nos afectan como si sucedieran en nuestra propia casa.<sup>18</sup> En otras palabras, es el fracaso del proyecto de desarrollo occidental creado predominantemente durante décadas por la visión aislada y desbocada del hemisferio izquierdo del cerebro humano, olvidándose de las aportaciones creativas y compensatorias que aporta la cosmovisión del hemisferio derecho de las persona.

Dentro de este dramático panorama de aniquilamiento de la vida, podemos decir que “el destrozamiento de la casa, es el final de la utópica fantasía de la armonía que debe existir entre el hombre y su medio. Es el fracaso de la sociedad, es el fracaso de los sistemas políticos. Es el fracaso y la humillación del humanismo contenido en los proyectos de la patria. Hoy vivimos ante la amenaza de la hambruna que avanza, y sin embargo, estamos asombrosa y absurdamente tranquilos.”<sup>19</sup>

En este sentido, podemos decir que, ante la profunda crisis que acompaña el principio del siglo XXI, debemos considerar con rigurosa prioridad si cambiamos radicalmente nuestro actual nivel de conciencia espiritual y los actos prácticos que de esta se derivan, o de lo contrario, cada día será más difícil sobrevivir como especie humana en el planeta Tierra. Esto es, con la actual jerarquía de valores dominantes que a principios del siglo XXI reinan en la atmósfera cultural de nuestra sociedad, ya no podemos sobrevivir. Por lo tanto, no podemos evitar la destrucción de nuestra especie.

Es necesario considerar que, salvo los problemas que nos impone la dinámica de la naturaleza –las inundaciones en el Bajío, los terremotos en el Valle de México, las heladas en la frontera norte, las plagas en el Golfo, los huracanes en las costas, etc.–, los otros problemas de nuestra sociedad, como la creciente pobreza, la fuerte desnutrición, las altas tasas de natalidad, la destrucción ecológica, la arraigada corrupción, la macroconcentración ur-

<sup>18</sup> Fernando Césarman, “La Tierra es una sola. No existen las distancias”, *Excélsior*, 20 de octubre de 1995.

<sup>19</sup> Fernando Césarman, “Camino a la hambruna. Tocar fondo”, *Excélsior*, 1 de abril de 1996.

vana, el aniquilamiento de especies animales, el uso irracional de recursos energéticos, el acentuado alcoholismo, el grave desempleo, la seria farmacodependencia, las agudas sequías, etc., son realidades producidas por la mente del hombre y pueden modificarse a medida que se corrijan nuestras estructuras cerebrales y afectivas como sociedad. Es decir, aunque al parecer todas estas contradicciones surgen por procesos políticos, por formas de organización social, de tendencias históricas, de modelos de producción, de herencias materiales, de determinaciones económicas, de desequilibrios entre campo y ciudad, etc., en última instancia todos estos hechos parten de las visiones profundas que los individuos poseemos sobre el hombre, el mundo y la vida; y de las prácticas sociales que de estas se derivan.

Por lo anterior, es necesario subrayar que son situaciones que no nos imponen la dinámica espontánea de las fuerzas naturales, sino que las genera nuestro entendimiento oscuro y deformado. Por ello, insistimos en que en nuestras sociedades podrá existir progreso tecnológico, aumento de riqueza, expansión material, incremento de las comunicaciones, perfeccionamiento científico, reagrupación política, modernización social, apertura de mercados, etc., pero si no hay transformación de nuestras estructuras psíquicas, finalmente, no hay avance de nuestras comunidades.

Así, el proyecto civilizatorio más importante para el nuevo milenio no será la formación de nuevos bloques económicos por zonas geográficas, la expansión de nuevos mercados, el flujo de nuevos capitales, la irradiación de nuevas tecnologías, la conquista de mayores mercados, la producción de un nuevo nivel de competitividad y de eficiencia mundial, la aplicación de óptimos controles de calidad productiva, etc., que es como ahora lo plantean las premisas de los proyectos de desarrollo moderno. Más bien lo medular será cambiar el nivel de conciencia del hombre sobre sí mismo, sobre su sociedad y sobre la misión que le corresponde desempeñar en el planeta Tierra. En este sentido, podemos decir que la profunda crisis que vivimos en los inicios del siglo XXI no es en última instancia una crisis de productividad, de tecnología, de inventiva, de eficiencia, de capital, etc., como nos lo han hecho creer las nuevas doctrinas de libre mercado, que han conquistado todos los rincones del mundo; sino que es una profunda crisis de valores culturales y espirituales que se traducen en desastrosas consecuencias económicas, políticas, sociales y ecológicas para la vida de los seres. Es la quiebra de ideologías, de concepciones del mundo y de sentidos de la vida. Es el fracaso de la visión desbocada del hemisferio izquierdo del cerebro del hombre, especialmente occidental, que ha atravesado el interior de nuestra mente, cultura y civilización.

Esta realidad cobra especial importancia cuando sabemos con precisión por las informaciones que nos han enviado las sondas espaciales de las expediciones científicas, que no existen condiciones propicias para que los seres humanos podamos vivir fuera del planeta Tierra. Es el caso de los datos proporcionados por el satélite Galileo, enviado por la NASA en 1996, cuyas investigaciones revelan que la composición química del planeta Júpiter, el planeta más grande del sistema solar, contiene mínimos porcentajes de agua y oxígeno, lo que hace imposible la vida humana en esas coordenadas celestes. Por consiguiente, el planeta Tierra sigue siendo el único lugar donde puede florecer la vida humana y, por lo tanto, debemos protegerlo y defenderlo radicalmente como un espacio insustituible para la existencia de la vida del hombre.

Incluso si seguimos los principios económicos de la dinámica de mercado que hoy rigen y atraviesan toda la reestructuración económica, política, social y cultural del planeta, podemos afirmar que, en el terreno ecológico y de conservación de la vida, no se está cumpliendo con una verdadera ley de mercado, debido a que siguiendo con rigor los principios de la oferta y la demanda, constatamos que lo más valorado en la economía contemporánea, para darle un mayor precio, es aquello que escasea. Por ello el oro, el platino, los diamantes, etc., son bienes altamente cotizados en nuestra sociedad, pues son muy raros o escasos.

En este sentido, aplicando con severidad las leyes del mercado a escala cósmica, observamos que hasta el momento todos los progresos de la ciencia, la sistematización de la evidencia empírica recogida por la inteligencia especializada y los registros de la nueva astronomía, revelan que hasta donde ha avanzado el conocimiento técnico de más de 20 000 años de pensamiento en el planeta, el único lugar donde de manera palpable existe vida humana es en la Tierra.<sup>20</sup> Esto significa que, si somos estrictos desde el punto de vista económico o del mercado cósmico, el elemento más valioso en el universo debe ser la vida, por que en ninguna otra constelación espacial existe.

<sup>20</sup> "Mínimos indicios de agua y oxígeno detectó la sonda Galileo en Júpiter", *Excelsior*, 22 de enero de 1996. Sobre la presencia de otras formas de vida extraterrestre contamos con diversas tesis que plantean que existe esta en otros planetas, pero todas ellas a escala hipotética, sin ser demostradas científicamente. Por ejemplo, algunos especialistas del Departamento de Geofísica y Paleontología de la Universidad de Cornell señalan que "así como bacterias y otros organismos microscópicos, gracias a complicados procesos químicos subterráneos, viven a decenas de kilómetros bajo la superficie terrestre; así también se puede pensar que distintas criaturas podrían sobrevivir en el corazón de otros planetas, que tengan una composición interior similar a la de la Tierra". Véase "Criaturas diversas podrían vivir en otros planetas", *Unomásuno*, 2 de julio de 1992.

Sin embargo, lo que enfrentamos cotidianamente es que los principios de la oferta y la demanda valoran hoy todos los recursos materiales que son raros, escasos o limitados; pero lo que menos valoran es la vida por sí misma; es más, podemos decir que dentro de la cultura neoliberal el valor de las personas depende cada vez más de que posean cosas o poder y no de su categoría elemental de seres humanos.

Por ello, si no actuamos ya desde la comunicación y la cultura en esta elemental dirección cósmica de construir una nueva cultura ecológica, para los próximos siglos tendremos ciudades más grandes que las que ahora conocemos, nuevas máquinas que deslumbrarán nuestra atención, concentraciones inimaginables de capital en algunas sociedades, avanzados sistemas de comunicación para la 30ª generación, estructuras cibernéticas *inteligentes* en casi todas las áreas de la vida cotidiana, medicamentos que prolongarán más el promedio biológico de nuestras vidas, acceso a mercancías internacionales de todo tipo, etc.; pero también tendremos un hombre más destruido que el que ahora conocemos, pues habrá perdido en proporciones superiores la armonía consigo mismo, con el universo y con todas las formas de vida que lo rodean.

Es punto central trabajar desde la cultura y la comunicación para romper el círculo de esta enfermedad espiritual para generar otra globalización cultural que cree un cambio de conciencia para sobrevivir y que produzca un *nuevo despertar humano* hacia una fase superior de realización del hombre; o continuaremos caminando por el sendero del sueño de la muerte por el que venimos acercándonos como civilización occidental desde hace muchas décadas.

## ¿QUÉ HACER?

Frente a la cruda dinámica de aniquilación ecológica que se experimenta en México y el resto del mundo, es urgente que el Estado y la sociedad civil atiendan a través de los medios de comunicación este panorama apocalíptico sobre la naturaleza que la conciencia de los mexicanos hemos construido en nuestra nación. Debemos considerar que es probable que, a mediano plazo, la sociedad mexicana podrá haber resuelto la problemática económica, política y social de nuestra historia moderna, pero de continuar esta tendencia devastadora es también muy posible que ya no tengamos un hábitat dónde sobrevivir. Con ello, de igual forma todo se habrá perdido, no tendremos espacios donde podamos existir.

No debemos olvidar que la superación de la crisis de civilización que nos enmarca en el comienzo del siglo XXI requiere de la producción de un nuevo eje cultural; en nuestro país creemos que deberá girar alrededor de la renovación de los medios de comunicación nacionales –en especial de la televisión–, que son las instituciones culturales que más rápidamente difunden, promueven, cambian, deforman o destruyen los valores colectivos.

Para avanzar en una nueva dirección cardinal del espíritu humano en esta crisis de civilización, contamos con una infinidad de recursos materiales y tecnológicos para lograrlo, una enorme gama de medios de información colectivos, grandes redes de bibliotecas, importantes sistemas de casas de cultura, numerosas escuelas de comunicación, estructuras extensas de nuevas tecnologías de información, complejos sistemas de educación formal e informal, nuevos sistemas de autopistas electrónicas, etc. Lo único que ahora falta es que el Estado y la sociedad civil aprovechen ese amplio sistema nervioso electrónico para construir un nuevo proyecto cultural como política pública que modifique nuestras cosmovisiones alienadas y conductas depredadoras sobre la naturaleza; que sea capaz de crear otros valores y actitudes de protección hacia el entorno ecológico.

Sin embargo, paradójicamente, ante esta urgente realidad observamos que el Estado mexicano, teniendo infraestructura comunicativa y cultural de sobra para lograr un avance notable en el cambio de nuestra mentalidad colectiva frente a los problemas ecológicos, una vez más, el cerebro de nuestra sociedad se mantiene aletargado y su crecimiento evoluciona a un ritmo infinitamente más lento que el que exigen las necesidades de desenvolvimiento de la población nacional. La evidencia empírica de la devastación de la naturaleza parece señalar que más que haber avanzado sobre la base del desarrollo, que sería la promoción del ser humano y de la armonía con su entorno, hemos retrocedido en esta, al privilegiar la expansión material y tecnológica de la sociedad.

Por ello, pensamos que el colaborar ahora desde la televisión pública y privada, y en otras instancias culturales, a la creación de una política pública que permita descontaminar la atmósfera, rescatar las cadenas de reproducción de la vida, regenerar los ciclos ecológicos, racionalizar el uso de los recursos no renovables, buscar fuentes alternativas de energía, respetar la vida animal, etc., en una idea, a desarrollar al hombre en armonía con la naturaleza y el cosmos, no es romanticismo, ni mesianismo, ni voluntarismo político, ni idealismo, sino que son exigencias elementales para lograr nuestra sobrevivencia colectiva.

Es indispensable considerar que a principios del siglo XXI el nuevo Estado mexicano no puede construirse sobre la base de los viejos valores sociales, especialmente cuando fueron dichos principios los que nos llevaron a la profunda crisis estructural y de civilización que actualmente vivimos. En esta coyuntura, es indispensable reconocer que el verdadero Estado moderno no surge de la realización de simples cambios administrativos, de las aperturas políticas, de las transformaciones tecnológicas, de las concesiones a la inversión extranjera, del adelgazamiento gubernamental, de las modificaciones de la retórica oficial, de las reformas electorales, etc., sino que, en última instancia, parte del cambio mental de la población

Esto es, las verdaderas bases del moderno Estado mexicano tienen que surgir de la profundidad y coherencia que posea su proyecto cultural, con prioridades de desarrollo y no las simples respuestas coyunturales atrevidas que se pretende implementar en el terreno económico y político. Por ello es indispensable construir colectivamente, a través de los canales de información, una nueva política pública que contenga nuevos valores que produzcan una nueva visión cotidiana sobre nuestras personas, nuestras vidas, nuestra nación, nuestra historia, nuestro entorno natural y sobre la misión del hombre en el planeta Tierra.

Perspectiva que hasta el momento sólo ha sido concebida por el Estado de forma muy limitada, cuando sólo en el ámbito discursivo se ha pretendido atender la efervescencia política y la macroconcentración urbana en el Valle de México, y el gobierno ha reconocido la necesidad de que debe formarse, respectivamente, una nueva cultura política y una nueva cultura para la convivencia en la zona metropolitana; marginando una enorme cantidad de realidades prioritarias que también deben ser urgentemente atendidas por la acción cultural del gobierno y del sector civil para poder sobrevivir.

De lo contrario, se intentará implementar un proyecto de desarrollo material de la sociedad mexicana sin un programa racional colectivo que lo respalde. Esto implicará gobernar sin bases mentales, se intentará modificar el estómago, los brazos y los pulmones del país sin transformar la cabeza social, lo cual creará un gobierno descerebrado. Esto es, el ejecutivo gobernará en una atmósfera esquizofrénica, la cabeza del ente social, en el mejor de los casos, pensará en los valores de las exquisiteces sensoriales, mientras el cuerpo masivo luchará por sobrevivir en el crudo remolino de la realidad nacional.

Si no actuamos ahora a través del conjunto de medios de información y cultura de masas, transformando nuestras mentalidades para crear una nueva política pública que nos permita estar más conscientes de nuestros

problemas de sobrevivencia natural y de nuestras alternativas de solución como país, para el próximo siglo heredaremos una sociedad enormemente más erosionada, inhumana e inhabitable que la que ahora enfrentamos. Hoy la infraestructura de instituciones culturales del país tiene que dar salidas de sobrevivencia ecológica y humana a la nación.

Sintetizando, podemos decir que, de no realizarse una nueva política pública basada en una severa reforma moral y cultural en nuestro país sobre la relación que guardamos con la naturaleza, especialmente a través de los grandes sistemas nerviosos que construyen los medios de comunicación, volveremos a vivir la profunda contradicción existente entre la cultura nacional y el proyecto de desarrollo global que se ha arrastrado en las últimas décadas. Cada uno se disparará por senderos distintos, la cabeza social avanzará por un lado y el cuerpo por otro, aumentando rápidamente con ello la descomposición de nuestra comunidad nacional.

Sabemos que ante el funcionamiento autoritario, la estructura vertical, la dinámica improvisada, el perfil eminentemente mercantil, su gestión mayoritariamente acrítica, su vinculación inorgánica con las necesidades prioritarias de nuestra sociedad, su alto centralismo y la falta de voluntad política de nuestros gobernantes para transformar los medios audiovisuales –que en México caracterizan la operación de los medios de comunicación, especialmente los electrónicos–, la creación de esta *nueva cultura ecológica* como política pública supone la realización de una gran empresa; pero también sabemos que es el desafío elemental del rescate y la conservación de la vida por la cual tiene sentido luchar apasionadamente.

## HEMEROGRAFÍA (MÉXICO)

*El Financiero.*

*El Universal.*

*Excélsior.*

*Milenio Diario.*

*Proceso.*

*Reforma.*

*Unomásuno.*

*Políticas públicas y desastres*

se terminó de imprimir el 30 de noviembre de 2008 en los talleres de Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), San Lorenzo Tezonco 244, Paraje San Juan, Delegación Iztapalapa, 09830, México, D. F.

Diseño de portada, Violeta Ramos Radilla (CENAPRED).

Edición realizada a cargo de la Coordinación de Publicaciones del Instituto Mora. En ella participaron: *corrección de estilo*: Alberto Cue; *corrección de pruebas*, Estela García y Gustavo Villalobos; *formación de páginas*, Flor Cortés; *cuidado de la edición*, Estela García y Yolanda R. Martínez.

La edición consta de 1,000 ejemplares.